

## Urge seguro de desempleo

Araceli Damián\*

Una de las tragedias de la Gran Depresión de 1929 fue el altísimo nivel de desempleo. Cerca de un tercio de la fuerza de trabajo masculina de EU quedó desempleada de la noche a la mañana, sin la posibilidad de contar con un ingreso mínimo que garantizase su sobrevivencia.

Esto llevó a EU (y algunos países europeos) a implantar el seguro de desempleo. En México, sólo el Distrito Federal cuenta con un programa de esta naturaleza, donde fue instaurado como un reconocimiento al derecho de las personas a tener un ingreso ante las fallas en el mercado laboral.

Ante la actual crisis, cuyas consecuencias aún no son enteramente sentidas en nuestro país, el gobierno federal no propuso al Congreso la instauración del seguro de desempleo. Se avecinan tiempos difíciles y no hay mecanismo de contención ante el desempleo masivo previsible.

Como comenté en mi colaboración anterior (20/octubre/2008) si bien el sector informal sirvió de colchón en los periodos recesivos de los ochenta y noventa, en la actualidad las posibilidades de que vuelva a tener esta función están agotadas, debido a que las modalidades de la informalidad se han perpetuado como formas alternativas de empleo ante la incapacidad de la economía mexicana (y la falta de voluntad empresarial) de generar suficientes empleos formales.

La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), nos permite tener una idea del tamaño de la informalidad en México. En el segundo trimestre de 2008 el número de ocupados que laboraban por cuenta propia, sin pago o que no reciben salario sino propinas o comisiones, etc., era de 14.9 millones, los que representaba el 34% de la fuerza laboral a nivel nacional, y a 50.8% en las áreas rurales. Otra manera de ver la informalidad es considerando el porcentaje de ocupados sin acceso a servicios de salud, que según la misma encuesta alcanzaba al 65.5% del total. En conclusión, el sector informal está entre un tercio y dos tercios de la población ocupada.

Dada esta precaria situación se vislumbran pocas alternativas para los futuros desempleados. Pero a pesar de la posible contingencia que se avecina, el gobierno prefiere salvar a grandes empresas como Comercial Mexicana, Cemex y Coppel, mediante enormes líneas de crédito que instaurar el seguro

de desempleo. Esto constituye una especie de Fobaproa, pero en chiquito (por lo pronto).

El “salvamento” de estas empresas mexicanas constituye una forma retorcida de nacionalismo, ya que el gobierno tiene la obligación de salvar a la población, no a las empresas, ante vicisitudes del mercado.

Sería muy provechoso que dada la coyuntura, el Congreso retomara las propuestas que se han planteado en América Latina para contener los efectos negativos del funcionamiento del mercado. Algunas de las propuestas quedaron plasmadas en el libro *Universalismo Básico. Una nueva política social para América Latina* (Carlos Gerardo Molina, editor, Banco Interamericano de Desarrollo, Editorial Planeta, Washington, D.C., 2006).

Esta iniciativa surge de una crítica a los modelos de desarrollo latinoamericanos vigentes en el siglo pasado (sustitución de importaciones y neoliberalismo), y de los principios universalistas que caracterizan al modelo de estado de bienestar socialdemócrata vigente en los países escandinavos.

En México, como ya vimos, el sistema de seguridad social está altamente segmentado, a grosso modo quienes tienen acceso a él son los trabajadores que cuentan con acceso a servicios de salud (un tercio de la población). En el libro se muestra que en la mayoría de los países latinoamericanos este tipo de seguridad social se desarrolló bajo esquemas corporativistas en los que sólo algunos sectores privilegiados de la sociedad (trabajadores del estado, bancarios, algunos obreros, etc.) tuvieron acceso a una serie de prestaciones, mientras que las grandes mayoría quedaron al margen y han sufrido las consecuencias devastadoras de las crisis.

En el primer capítulo del libro (Fernando Filgueira, *et al* “Universalismo básico: una alternativa posible y necesaria para mejorar las condiciones de vida”) se plantea que en América Latina estos esquemas se desarrollaron bajo gobiernos autoritarios y con condiciones económicas que favorecían el desarrollo del empleo formal.

Sin embargo, al entrar en crisis el modelo de sustitución de importaciones y con la entrada del neoliberalismo, se minaron las bases para el desarrollo de los mercados formales de trabajo, ya que las empresas impusieron formas de explotación laboral sin ninguna protección social. Los gobiernos aceptaron esta modalidad, además de que la apertura democrática trajo cambios de los

partidos en el poder, minando así las bases del corporativismo (en México éste sobrevivió pero dejó de crecer, adaptándose a las necesidades de la derecha que tomó el poder).

Ante esta situación, la política social se encaminó hacia los esquemas focalizados, bajo la premisa de “igualar los prerrequisitos para la construcción de economías de mercado efectivas”. De acuerdo con estos autores, dado que socialmente la región latinoamericana es altamente segmentada (con enormes contingentes de pobres extremos, indígenas, etc., frente a una élite cada vez más rapaz), la propuesta de focalización, al no atacar de raíz las causas de la fragmentación, terminó por exacerbarla y por quebrantar la escasa cohesión social.

La propuesta del libro es combinar el universalismo con la focalización. Dado que ya tenemos programas focalizados (como el *Oportunidades*), el Congreso podría plantear ahora programas universales, como el seguro de desempleo, y comenzar así la reconversión de la política social en México.

\*El Colegio de México, [adamian@colmex.mx](mailto:adamian@colmex.mx)